

Editorial

La sociología como profesión. Formación, organización y prácticas de las sociólogas y los sociólogos en un escenario de cambio

Juan Pedro Blois¹
Amurabi Oliveira²

Los últimos años no han sido fáciles para el desarrollo de la sociología en América Latina —y en otras latitudes. El agotamiento de buena parte de las administraciones vinculadas al llamado ciclo de gobiernos progresistas y el correlativo ascenso de una serie de gobiernos de orientación promercado, en lo económico, y conservadores, en materia cultural y social, se ha traducido en la instauración de un clima crecientemente hostil para buena parte de los practicantes de la disciplina, en particular, aunque no exclusivamente, de aquellos que se desempeñan en organismos e instituciones académicas públicas.

En algunos casos, tal como ocurrió en Argentina a partir de la asunción de Mauricio Macri, funcionarios políticos (aliados con ciertos comunicadores y periodistas) apuntaron al carácter presuntamente “inútil” de buena parte de lo que los sociólogos (y otros especialistas de las ciencias sociales y humanidades) hacen.

¹ Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina). Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS). Contacto: pedro.blois@gmail.com

² Doctor en Sociología por la Universidad Federal de Pernambuco (UFPE). Investigador CNPq. Profesor de la Universidad Federal de Santa Catarina (UFSC, Brasil). Contacto: amurabi_cs@hotmail.com

Entronizando una lógica economicista, cuestionaron la supuesta falta de retorno económico inmediato de lo que ahora aparecía como un gasto difícil de justificar en tiempos de ajustes presupuestarios (y de necesaria austeridad luego de un “despilfarro populista”). En este marco, algunas investigaciones —en general volcadas a la sociología de la cultura—, fueron el blanco de verdaderas campañas de difamación públicas que, al tiempo que ridiculizan sus temas, apuntaban a desprestigiar la disciplina y las instituciones donde se desarrollaba (Representantes de Investigadores en Formación del IdIHCS-Conicet & Frente Amplio de Graduados FaHCE, 2019). En otros casos, tal como viene ocurriendo en Brasil, sin dejar de lado la cuestión presupuestaria, el ataque fue más doctrinario, emparentando buena parte de lo que los sociólogos hacen con el llamado *marxismo cultural* y la temida *ideología de género*. Si bien el avance contra la sociología había comenzado durante la gestión del presidente Michel Temer, cuando se decidió su eliminación como asignatura obligatoria en el nivel de enseñanza secundaria³, fue con la administración de Jair Bolsonaro que las agresiones se volvieron más directas. A la prédica incendiaria, que retrotrae a los “años de plomo” de la década del setenta, se le sumó el fuerte recorte de subsidios y becas que pone en riesgo uno de los principales sistemas académicos y de posgrado de la región. La justificación no se privó del argumento “eficientista”: en un *tweet* del 26 de abril de 2019, el presidente de Brasil daba cuenta de los planes de su gobierno para “descentralizar [cortar] investimento em faculdades de filosofia e sociologia (humanas) [para] focar em áreas que gerem retorno imediato ao contribuinte, como: veterinária, engenharia e medicina”⁴.

³ La introducción de sociología como parte integrante de la formación de los estudiantes de escuelas secundarias había sido decidida en 2008 bajo la administración de Luiz Inácio da Silva. Preciso es aclarar, con todo, que la misma sigue siendo impartida en varios estados de Brasil que no han aplicado la nueva ley.

⁴ “relocalizar inversiones en facultades de filosofía y sociología (humanas) [para] concentrarnos en áreas que generen un retorno inmediato al contribuyente: veterinaria, ingeniería y medicina”.

Los ataques, es preciso enfatizar, no “flotan en el aire” y se montan sobre un difundido antiintelectualismo social que es previo a la emergencia de tales gobiernos. Ese antiintelectualismo pone en cuestión la capacidad explicativa de las ciencias sociales, minando de ese modo el rol que los sociólogos y sociólogas pueden tener en la sociedad contemporánea y sus acuciantes problemas y desafíos. La prédica de importantes figuras públicas, desde políticos a periodistas, contra la sociología con el fuerte desprestigio que pueden suscitar en amplios públicos y audiencias, y con el bastardeo de cuestiones complejas, no puede pues dejarnos indiferentes.

Por supuesto, semejante realidad no es exclusiva de la región (Piovani, 2019). Lejos de ello, aún en países donde la sociología ostenta un firme enraizamiento como en Francia o Canadá, visible en una larga tradición de colaboración con diferentes organismos del Estado y en un consolidado sistema académico (Masson, 2012), los sociólogos han debido soportar los ataques de políticos e intelectuales conservadores que asociaban su disciplina con una malentendida “cultura de la excusa” (Lahire, 2016), dispuesta a “justificar” los peores crímenes y a disolver la responsabilidad individual en el marco de la injusticia social y otros factores estructurales (Singh, 2014).

Tal como se puede apreciar, estamos lejos de la época dorada de mediados del siglo pasado cuando la sociología (junto con otras ciencias sociales) aparecía como un insumo indispensable para el bienestar social y la consolidación de sociedades democráticas (Picó, 2003). La caracterización del “desarrollo” como un complejo proceso que de ningún modo se ceñía a lo económico, sino que incluía una serie abigarrada de variables sociales y culturales, le dieron a esta disciplina un marcado ascendiente en las esferas de gobierno, pero también en el espacio público más general (Blanco, 2006). La situación fue tal que Talcott Parsons (1959) no dudó en referir la consolidación de una verdadera era sociológica iniciada en la posguerra, signada por una creciente inversión en el desarrollo de la sociología dentro y fuera de los

muros universitarios (Blois, 2014; Buxton & Turner, 2019). En nuestra región, el correlato más visible de esa “era” fue la multiplicación de carreras de sociología y una extendida expectativa sobre los servicios que los futuros graduados podrían ofrecer para los desafíos de su tiempo (Blois, 2018)⁵.

Como sea, lo que hoy parece estar en cuestión en América Latina es la utilidad de la sociología, su razón de ser, un problema que, por supuesto, no es nuevo (Carli, 2019). Ahora bien, semejante situación no deja de ser llamativa si se tiene en cuenta que desde hace un par de décadas las actividades profesionales de los sociólogos en la región tuvieron una clara expansión. Al lado de la tradicional inserción en las universidades y centros académicos, que crecieron y pudieron ofrecer investigaciones de calidad sobre cuestiones de fuerte relevancia social, una cada vez mayor serie de prácticas destinadas a responder de modo más inmediato a las necesidades de clientelas y públicos no académicos fue ganando presencia. Tales prácticas, desarrolladas en el ámbito del Estado, las empresas, las escuelas, las agencias de investigación de mercado y opinión, así como en las ONGs y sindicatos, han venido ampliando el abanico de opciones laborales de los sociólogos, que se vieron llevados a desarrollar un conjunto de saberes y destrezas diferentes de los demandados en el medio académico.

En efecto, desde la orientación y confección de las políticas públicas contra la pobreza, hasta el planeamiento de las estra-

⁵ En 1951, se funda en México la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales en el seno de la UNAM, donde se incluye una licenciatura en ciencias sociales, luego convertida en licenciatura en sociología. En Chile, en 1958, se crea la primera carrera en la Universidad de Chile, seguida por otra en la Universidad Católica al año siguiente. En 1953 inicia sus actividades la Escuela de Sociología y Antropología Cultural en la Universidad Central de Venezuela, mientras en 1959 se crea en Colombia un departamento de sociología en la Universidad Nacional de Colombia, luego convertido en facultad. Asimismo, y como parte del mismo proyecto modernizador, en 1957 son creados la Facultad de Ciencias Sociales de América Latina (FLACSO) y el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS), la primera ocupada de la formación de posgrado, nivel claramente postergado en la región, el segundo de la coordinación e integración de las labores de investigación desarrollados en los distintos países.

tegas de comunicación publicitaria de las grandes empresas, pasando por la enseñanza primaria y media o la gestión de los recursos humanos en una empresa multinacional, las actividades y espacios de intervención de los sociólogos han sido heterogéneos. En este sentido, los sociólogos han mostrado una notable versatilidad y una gran capacidad para incursionar en diversos campos, alcanzando en más de una ocasión posiciones jerárquicas y de claro impacto social.

Sin dudas, estos cambios expresaban transformaciones sociales más amplias vinculadas a la llamada *sociedad del conocimiento* y la correlativa valoración de los saberes técnicos. Aun cuando el trabajo de los sociólogos más allá del medio académico no carecía de antecedentes, el nuevo contexto conllevó una profunda redefinición de los campos de intervención de la sociología y del propio escenario de la disciplina, caracterizada ahora por la consolidación y multiplicación de un conjunto variado de “oficios” de sociólogo, con estilos de trabajo, destinatarios y desafíos particulares. Es ese conjunto de audiencias y públicos lo que le permitió a la sociología ganar en relevancia social y densidad profesional, situación que resulta interesante contrastar con aquella que se daba en los años cuarenta del siglo pasado en Argentina (pero también en otras latitudes), retratada por Guido Giorgi y Esteban Vila en su contribución a este *dossier*. En aquel contexto, quienes se definían como sociólogos tenían marcadas dificultades para ganarse la vida como “profesionales” en la medida en que no había quiénes se interesaran ni demandaran su particular *expertise* (a diferencia de lo que, por ejemplo, ocurría paralelamente en Estados Unidos o Francia).

Ahora bien, ¿cómo explicar, pues, los constantes reproches sobre la falta de utilidad de la sociología en un contexto signado por el ejercicio profesional de la disciplina en las más variadas esferas sociales? Más aún, ¿cómo dar cuenta del hecho de que muchas veces no sea sencillo para los propios sociólogos dar cuenta de los aportes de la disciplina cuando son interpelados por personas ajenas a la disciplina? Las causas de esta situación

son, sin dudas, variadas y numerosas, pero uno de sus factores tal vez pueda encontrarse en las dificultades que a lo largo de su historia ha tenido la sociología para pensar su constitución como una “profesión” capaz de ofrecer sus servicios a diversos públicos o audiencias, tanto como para propiciar un diálogo más o menos fluido entre los diferentes perfiles profesionales que la habitan. Entre esos perfiles, antes que relaciones sinérgicas, tendió a predominar, como destacó Burawoy (2005) para el caso estadounidense, una profunda escisión o compartimentación entre orientaciones que, en sus luchas por el prestigio, acababan limitando su colaboración.

A grandes rasgos, es posible identificar, siguiendo a Dubet (2012), dos grandes orientaciones: la sociología como *crítica* y la sociología como *técnica*. La primera, lejos de pensarse como una disciplina susceptible de reclamar una cierta jurisdicción sobre un determinado problema en particular, a la manera de las profesiones clásicas (Abbott, 1988), asume como misión desnaturalizar el mundo social, romper con las ideologías y denunciar las relaciones de poder, mientras cuestiona a quienes ven en la sociología una “profesión”. La otra se propone incrementar el grado de racionalidad de las instituciones a partir del asesoramiento a los tomadores de decisión. Su racionalidad, a diferencia de la otra concepción, es ante todo una racionalidad instrumental, ceñida a la consideración de los mejores medios para fines que le vienen dados. Según el modelo clásico ofrecido por Weber, esta concepción busca aportar “claridad” a los actores para volverlos conscientes de los obstáculos, los efectos perversos o las trabas culturales que debilitan sus capacidades de acción (Dubet, 2012). Por supuesto, se trata de una tipología ideal y, en la práctica, esas concepciones pueden solaparse en un mismo individuo (un sociólogo puede poner en juego diferentes concepciones a lo largo de su trayectoria o, incluso, en un mismo momento de acuerdo con la labor o función que realice). Ahora bien, como anticipamos, ambas orientaciones han tendido a presentarse como opciones excluyentes, limitando los intercambios entre ambas.

Muestra de lo anterior, en más de un caso, los procesos de diversificación profesional más recientes suscitaron marcadas controversias. En distintas latitudes, los sociólogos se embarcaron en polémicas más o menos intensas sobre el papel que le debía caber a la disciplina frente a las crecientes demandas sociales y sobre los riesgos que la interacción —o la falta de ella— con clientelas y públicos no académicos conllevaban para la disciplina. Por su importante repercusión global, cabe recordar aquí la polémica alrededor de la llamada *sociología pública*, iniciada por Michael Burawoy en su célebre discurso como presidente de la *American Sociological Association* (Burawoy, 2005; Perlatto & Maia, 2012). Burawoy, inspirado en una visión que no rehuía de una clara sensibilidad marxista, llamaba a los sociólogos estadounidenses a empeñarse en la búsqueda de públicos comprometidos en la defensa de la “sociedad” frente al ascendiente del “mercado” y los aparatos estatales, dos instituciones dedicadas, según su diagnóstico, a la maximización de la ganancia y el aseguramiento del orden sociopolítico. En su visión, se trataba de recuperar la “vocación primigenia” de la disciplina por la intervención en la sociedad en pos del bienestar común. Semejante toma de posición concitó una serie de debates centrados, por lo general, en la defensa del carácter científico de la disciplina que, según algunos críticos de Burawoy, la idea de la *sociología pública*, con su cuestionamiento del ideal de la neutralidad valorativa, ponía en riesgo (Turner, 2005).

Las polémicas no fueron menores del otro lado del Atlántico. En Francia, por ejemplo, la diferenciación y expansión de las prácticas profesionales de los sociólogos —la emergencia de lo que una analista refirió como la “cara oculta de la sociología” (Pirriou, 2006)— se tradujo en una serie de embates, más o menos explícitos, entre quienes defendían una visión más “ecuménica” de la sociología, donde las diversas inserciones pudiesen contribuir al desarrollo global de la disciplina (Dubar, 2006), y aquellos que, como Lahire (2006), inspirados en una visión tradicionalmente bourdesiana (Blois, 2014, 2015), defendían la autonomía académica.

mica como la única forma de producir una ciencia susceptible de cuestionar el orden social.

América Latina, como se podría esperar, no permaneció ajena al debate sobre la formación y la actuación de los sociólogos en la sociedad. A la postura de quienes, ante la crisis del modelo del intelectual público tradicional, promovían la decidida intervención de los sociólogos y otros científicos sociales en diversas instituciones de la sociedad civil y el Estado, se opusieron aquellos que, haciéndose también eco de Bourdieu, llamaban la atención sobre los riesgos que conllevaría la instrumentalización de la disciplina en función de los órganos gubernamentales o las empresas. No faltaron, por lo demás, las voces que defendían una práctica sociológica desarrollada en estrecha conexión con los movimientos sociales y los sectores subalternos. Más recientemente, los procesos de “profesionalización” académica y la difusión de mecanismos de acreditación permanente suscitaron las críticas de quienes, frente a lo que ven como una creciente entropía, llaman al fortalecimiento de un mayor interés por la “cosa pública” y por la suerte de la sociedad que los sociólogos estudian (Svampa, 2008).

El trabajo de Leyva Piña y Rodríguez Lagunas sobre el caso de la carrera de sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Itzapalapa, en el contexto del actual gobierno de Manuel López Obrador y su tentativa por ampliar el número de estudiantes universitarios en el marco de instituciones fuertemente afectadas por los dispositivos neoliberales de incentivos a los docentes, sitúan en casos concretos y actuales buena parte de los dilemas y tensiones que enfrenta la sociología en su constitución como una profesión y disciplina preocupada por operar como una iniciativa intelectual crítica, al tiempo que relevante socialmente. Galindo Castro, por su parte, ofrece una mirada de más largo plazo sobre los debates en torno a la sociología como “profesión” y su relación con sus principales giros teóricos y metodológicos en América Latina.

Como podría anticiparse, las asociaciones científicas y profesionales de los sociólogos, los cuerpos que buscaron colegiar y promover su intercambio⁶ con trayectorias más o menos accidentadas según los países, han sido una caja de resonancia de estos debates. Su incidencia concreta en la labor de los sociólogos ha dependido de la fortaleza y gravitación, muy diferenciada, que esas instituciones tienen en cada escenario sociológico. Aquí también los posicionamientos han sido plurales. Algunas instituciones han buscado impulsar una mayor apertura para el ejercicio profesional de la sociología más allá del escenario académico, no sin claras dificultades según lo muestran los trabajos de Cecilia Carrera para el caso argentino y Alonso Domínguez, Blanco y Gil Gómez para el caso de España, ambos trabajos incluidos en este *dossier*. Otras tendieron a reproducir una mirada más tradicional, que hace de la sociología una práctica eminentemente académica. De todos modos, aún en aquellas asociaciones con un claro perfil académico, la multiplicación de las prácticas de los sociólogos no ha podido ser dejada de lado, tal como ocurrió, por ejemplo, en Brasil con la enseñanza de la sociología en el sistema de educación básico (Meucci, 2015; Oliveira, 2013, 2015), y también en Uruguay (Fernández, 2018).

Dando continuidad a estos debates irradiados desde múltiples focos, el presente *dossier* se propuso recibir artículos que, desde perspectivas y abordajes diversos, examinaran las transformaciones históricas y contemporáneas de la sociología latinoamericana (e iberoamericana), con particular foco en los procesos formativos, los espacios organizativos y las actividades profesionales de los sociólogos. Creemos que la reflexión sobre la disciplina, entendida en un sentido amplio —que no se ciñe a su devenir como práctica académica, tal como es moneda corriente en los estudios sobre el desarrollo de la sociología—, constituye un aporte

⁶ La mayoría surgida desde mediados del siglo pasado, luego de que la UNESCO estableciera la International Sociological Association (Asociación Internacional de Sociología) en 1949.

central a la reflexividad de los sociólogos sobre sus prácticas y un insumo vital a la hora de lidiar con el complejo contexto que se vive en varios países de la región. Parece importante señalar, por si hiciera falta, que no comprendemos la inserción en la academia y la inserción en otras instituciones más “aplicadas” como polos excluyentes, sino que creemos que la sociología en su conjunto tendría mucho que ganar si se impulsara una mayor articulación entre sus diversos campos de actuación. Por supuesto, es innegable que existen especificidades locales y nacionales que obligan a una consideración detenida de cada caso. Por ello, la posibilidad de incluir en este *dossier* artículos elaborados desde Argentina, Brasil, Colombia, México y España constituye una auspiciosa base para reflexionar de manera más amplia y, al mismo tiempo, situada sobre los desafíos que la sociología como disciplina y profesión tiene en la región, pero también en otras latitudes.

Los artículos de la sección *dossier*

Además de los cinco artículos ya mencionados, el presente *dossier* incluye dos entrevistas. Una realizada a Celso Castro, director del Proyecto de Memória das Ciências Sociais no Brasil, del Centro de Pesquisa e Documentação de História Contemporânea do Brasil (CPDOC). Esta iniciativa, ciertamente ambiciosa, pues ya ha recogido el testimonio de más de cien profesionales, busca constituir un amplio acervo de entrevistas filmadas y centradas en las historias de vida y el accionar profesional de los más importantes sociólogos y científicos sociales brasileños. El material, en continuidad con la conocida tradición de la institución desde donde se realiza, busca ofrecerse como un insumo capaz de aportar a la memoria y reflexividad de los sociólogos brasileños, pero también como un importante caudal de información para quienes busquen hacer un estudio más sistemático del desarrollo de las ciencias sociales en ese país. Asimismo, la iniciativa, tal como destaca su director en la entrevista, tiene una vocación más amplia:

Em tempos difíceis para as Ciências Sociais, como os que vivemos, essa é uma aposta mais que acadêmica. É também uma aposta política, de valorização, perante outros setores da sociedade que não o nosso próprio, do ofício do cientista social e daquilo que ele produz⁷.

La inclusión de esta entrevista busca pues darle visibilidad a esta importante empresa entre el público latinoamericano. La otra entrevista buscó recoger la visión de Kathya Araujo, una reconocida investigadora y profesora del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile y directora del Centro Núcleo Milenio Autoridad y Asimetría de Poder. Realizada por Natalia Campos y Juan Morales, la entrevista ofrece un rico abordaje de cuestiones candentes relacionadas con la actualidad y trayectoria de la sociología en Chile como disciplina científica y profesión demandada por diversas clientelas. Según Araujo, la sociología chilena ha atravesado un auspicioso proceso de crecimiento y consolidación -palpable en el aumento de doctorandos y proyectos de investigación-, pero también se ha visto sometida a una creciente fragmentación, que hace que los sociólogos especializados en diversos campos “conversen” poco entre sí. Esa tendencia, señala, resulta acentuada en función de ciertos mecanismos de evaluación que privilegian la publicación en revistas extranjeras, contribuyendo a debilitar el intercambio más local. Por otra parte, en un período tan particular como el presente, Araujo llama la atención sobre el sesgo “politicista” e institucionalista de la sociología chilena, y propone una vuelta al estudio de la “sociedad”. No se trata, aclara, de evitar las cuestiones políticas; lejos de ello, Araujo entiende que ese rodeo es indispensable para pensar los desafíos políticos del presente de manera más profunda y rigurosa. En la medida en que su mirada

⁷ “En tiempos difíciles para las ciencias sociales como los que vivimos actualmente, se trata de una apuesta más que académica. Es también una apuesta política, de valoración del oficio de cientista social y de sus actividades delante de otros sectores de la sociedad que trascienden el mundo académico”. (Traducción de los autores).

al caso chileno está organizada en función del contraste con otras realidades, las reflexiones de Araujo constituyen un estimulante material para lectores de las más diversas latitudes.

Iniciamos la sección *dossier* con el artículo “Por qué en defensa de la sociología: una extensión del manifiesto sociológico para tiempos de obscuridad” de Adrián Galindo Castro. En este trabajo, Castro examina los giros teóricos y metodológicos que ha tenido la sociología en América Latina a partir de procesos históricos determinantes como la industrialización, la crisis de la deuda externa y el neoliberalismo. Luego de desacreditar los ataques del presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, como falacias insostenibles, avanza en una reflexión sobre el camino que ha transitado esta ciencia social en América Latina y los roles que ha jugado ante su gran interlocutor, el Estado, tanto como en el examen las teorías que ha movilizado, sobre todo en los espacios universitarios y en los espacios públicos.

Cecilia Carrera en “Las asociaciones profesionales de sociología en Argentina y las disputas por la ‘profesión’”, describe algunas actividades que desarrollaron las organizaciones profesionales surgidas desde la segunda mitad de la década de 1970 con el propósito de examinar el lugar que estas organizaciones y sus participantes han tenido y tienen en el proceso de profesionalización de sociólogos/os y en la construcción y disputas por los sentidos de la “profesión” y la sociología en ese país. En el artículo, se destaca la heterogeneidad de la sociología argentina, que va más allá de las tradiciones teóricas y los linajes académicos. En este sentido, le interesa poner en evidencia los distintos actores de un campo ampliado de la disciplina y su participación en las disputas por la definición de qué es “dedicarse a la sociología” y cuáles son los sentidos cambiantes de “la sociología como profesión”.

En una veta similar, aunque abordando un período histórico anterior, se ubica la contribución de Guido Giorgi y Esteban Vila: “Un caso desafiante de profesionalización: las redes de la sociología argentina entre 1940 y 1955”. El artículo se ubica delibera-

damente en el período que antecede a la creación de las primeras carreras de sociología en Argentina. En continuidad con trabajos previos que llamaron la atención en cuanto a la debilidad del desarrollo institucional de la sociología durante la primera mitad del siglo XX, los autores sostienen que entre 1940 y 1955 no hubo un proceso de “profesionalización” entre la comunidad de sociólogos argentinos. Sin una clara demanda, sin posiciones que permitieran desarrollar la disciplina como una ocupación de tiempo completo y sin posibilidades de aspirar a una jurisdicción sobre alguna problemática social determinada, la sociología tendió a ser considerada más como una disciplina intelectual, filosófica y/o cultural.

En “Vientos de cambio para la licenciatura en sociología de la Unidad Iztapalapa, Universidad Autónoma Metropolitana”, Marco Antonio Leyva Piña y Javier Rodríguez Lagunas analizan un caso empírico en México de una carrera creada en 1975 en el marco de la fundación de la UAM, dando cuenta del impacto de las políticas educativas neoliberales que cambian los modos de evaluación en esa institución y dan lugar, entre otros factores, a la elaboración de un nuevo plan aprobado en 2011. Ese plan está marcado, según es documentado, por la flexibilización curricular, algo que, según el autor, no contribuiría a la resolución de los retos profesionales que esa licenciatura enfrenta actualmente. Más recientemente, la sociología de la UAMI sufre presiones para la reconfiguración de los nexos entre formación sociológica y perfiles profesionales de sus alumnos, lo que plantea un cierto desafío a la hora de proteger lo que refiere como sociología formal, sus teorías y métodos, sin descuidar el cultivo de la sociología aplicada y práctica tendientes a facilitar la relación de los graduados con el mercado de trabajo.

Finalmente, Ángel Alonso Domínguez, Jacobo Blanco y Carlos de Gil Gómez en “Identidad profesional, regulación y práctica de la sociología y la ciencia política en España” analizan, basado en los datos surgidos de una encuesta, el accionar de los colegios profesionales de ese país y las estrategias puestas en práctica para

aumentar su presencia, influencia, poder, credibilidad y atractivo para los potenciales colegiados. Es interesante destacar que, a diferencia de lo que ocurre con los casos latinoamericanos, los colegios nuclean a los graduados de sociología y ciencia política, ya que originalmente ambas carreras compartían los primeros años de cursada. Según apuntan, con la excepción de los colegios madrileño y catalán, se trata de instituciones no muy grandes y con escasos recursos lo que limita sus posibilidades de ofertar servicios a sus colegiados y volverse atractivos para las nuevas generaciones.

Referencias

- Abbott, A. (1988): *The system of professions*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Blanco, A. (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blois, J. P. (2014). ¿Para qué sirven los sociólogos? La definición de la sociología legítima en textos canónicos de la disciplina y la expansión de las inserciones laborales de los sociólogos. *Espacio Abierto*, 23(1), 71-105.
- Blois, J. P. (2015). La institucionalización y profesionalización de la sociología en Brasil y Argentina. Formación, organización e intervención de los sociólogos. *Estudios Sociológicos*, 33(99), 633-658.
- Blois, J. P. (2018). *Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política (1957-2007)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Burawoy, M. (2005). Por una sociología pública. *Política y sociedad*, 42(1), 197-225.
- Buxton, W. & Turner, S. (2019). Educação e expertise. A sociologia como “profissão” no Estados Unidos. *Política & Sociedade*, 18(41), 215-260.
- Carli, S. (2019). La productividad política del conocimiento social: usos, derivaciones y circulación de saberes. En F. Brugaleta, M. González Canosa, M. Starcenbaum & N. Welshinger (Eds.), *La política científica en disputa: Diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva* (pp. 103-114). La Plata: UNLP-CLACSO.

- Dubar, C. (2006). Las tentativas de profesionalización de los estudios de sociología: un balance prospectivo. En B. Lahire (Ed.), *¿Para qué sirve la sociología?* (pp. 117-139). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dubet, F. (2012). *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fernández, D. S. (2018). *La enseñanza de la sociología: entre contradicciones y armonías* (tesis de maestría inédita). Montevideo: Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales.
- Lahire, B. (2006). Utilidad: Entre sociología experimental y sociología social. En B. Lahire (Ed.), *¿Para qué sirve la sociología?* (pp. 63-88). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lahire, B. (2016). *En defensa de la sociología: Contra el mito de que los sociólogos son unos charlatanes, justifican a los delincuentes y distorsionan la realidad.* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Masson, P. (2012). French sociology and the state. *Current Sociology*, 60(5), 719-729.
- Meucci, S. (2015). Sociologia na educação básica no Brasil: Um balanço da experiência remota e recente. *Ciências Sociais Unisinos*, 51(3), 251-260.
- Oliveira, A. (2013). Revisitando a história do ensino de Sociologia na Educação Básica. *Acta Scientiarum. Education*, 35(2), 179-189.
- Oliveira, A. (2015). Um balanço sobre o campo do ensino de sociologia no Brasil. *Em Tese*, 12(2), 6-16.
- Parsons, T. (1959). Some problems confronting sociology as a profession. *American Sociological Review*, 24(4), 547-569.
- Perlatto, F. & Maia, J. (2012). Qual sociologia pública? Uma visão a partir da periferia. *Lua Nova*, (87), 83-112.
- Picó, J. (2003). *Los años dorados de la sociología (1945-1975)*. Madrid : Alianza editorial.
- Piriou, O. (2006). *La face cachée de la sociologie: à la découverte des sociologues praticiens*. París: Belin.
- Piovani, J. I. (2019). Sobre la utilidad de las ciencias sociales en tiempos de neoliberalismo y posverdad. En F. Brugaleta, M. González Canosa, M. Starcenbaum & N. Welshinger (Eds.), *La política científica en disputa: Diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva* (pp. 115-133). La Plata: UNLP-CLACSO.

- Representantes de Investigadores en Formación del IdIHCS-Conicet & Frente Amplio de Graduados FaHCE (2019). Apertura. Movilizar, argumentar, proponer. En F. Brugaleta, M. González Canosa, M. Starcenbaum & N. Welshinger (Eds.), *La política científica en disputa: Diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva* (pp. 11-24). La Plata: UNLP-CLACSO.
- Singh, J. (26 de agosto de 2014). The ideological roots of Stephen Harper's vendetta against sociology. *The Star*. Disponible en: www.thestar.com
- Svampa, M. (2008). *Cambios de época*. Buenos Aires: SigloXXI.
- Turner, J. (2005). Is public sociology such a good idea? *The American Sociologist*, 36(3/4), 27-45.